

## NOTAS

*IDEOLOGIAS.—Francisco García Calderón.—París, 1918.—Garnier.*

Este libro reúne artículos publicados en diversos periódicos sudamericanos y en la Revista de América de París. Son bellas y sugerentes páginas, reveladoras de una vasta cultura y, lo que es mejor, de un penetrante espíritu crítico y de una notable aptitud de expresión y de síntesis. Y así, con ser breves los ensayos que integran la obra, no son simples notas impresionistas, meras sugerencias fugaces, sino vigorosas y ágiles ideologías donde pone el filósofo la sabia dialéctica y el artista el encanto del colorido y la emoción.

En el tomo se traducen con gran vivacidad, los variadísimos aspectos de la inquietud contemporánea: filosofía, arte, cuestiones sociales, la Gran Guerra. En el hermoso ensayo sobre Spencer, que el autor escribió siendo aún muy joven, no solamente hay la revelación de un comprensivo intelecto; hay aquella excelente virtud que consiste en animar la exposición con la propia originalidad y en saber impulsar las ideas en corrientes fecundas. Más adelante, el señor García Calderón escribe sobre las ideas estéticas de Rodin. Y al hablar del maravilloso artista, que ha logrado poner en sus esculturas, la honda ansiedad, la incoercible movilidad de la vida, su pensamiento y su estilo tienen las cualidades que para ser sentida y comentada exige la obra de Rodin: intuición y dinamismo.

Cuando trata de cuestiones sociales—que en la hora presente atraviesan por una crisis profunda—, después de la apreciación fina, interesante, útil, recuerda nuestra América, anhelante y confusa, como todo núcleo de virtualidades infinitas. Y tiene para ella, un fuerte estímulo de elevación y de optimismo. Ante el rudo espectáculo de la guerra, donde se exasperan trágicamente mil dilemas humanos; ante la borrosa perspectiva de lo porvenir, el señor García Calderón, cree en una alta misión de América. "Corresponde al nuevo mundo, escribe, en la bancarrota del antiguo, una función mesiánica".

Hemos querido dar algunas impresiones y no hacer un resumen de "Ideologías". Una serie de puntos de vista, un conjunto de intuiciones, una brillante sucesión de conceptos y de imágenes he ahí el libro, en que el talento políctomo y la personalidad generosa del escritor peruano, suscitan una vez más la franca admiración y la intensa simpatía intelectual.

*EL CENSO GENERAL DE LA REPUBLICA*

Está en vías de realizarse el proyecto largo tiempo abrigado entre nosotros: la formación del Censo nacional. En el Perú las dificultades inherentes a esta empresa son particularmente graves, tanto por la incultura de la mayoría de los habitantes, cuanto por la absoluta heterogeneidad de la población.

El concepto vulgar, que espera del censo tan sólo una indicación del número de habitantes del país, es incompleto y estrecho. Un censo debe hacer mucho más que contar las cabezas del rebaño humano: debe investigar cuanto sea posible los caracteres medios del tipo del pueblo estudiado, establecer coeficientes de correlación y desviaciones típicas tan numerosos como sea posible, y enseñarnos así los caracteres del elemento unitario que integra el conjunto de la población. No basta saber cuántos somos: importa saber también cómo somos.

Un censo ideal, pues, sería al mismo tiempo una operación aritmética, antropogeográfica y antropológica: aritmética, en cuanto numeración de los individuos; antropogeográfica, en cuanto recolección e interpretación de datos sobre la vida sociológica de la nación; antropológica, en cuanto estudio de los caracteres propios del elemento hombre. Podríamos decir que el censo antropogeográfico, al estudiar las condiciones de la vida colectiva, pasa del individuo a la sociedad; al paso que el antropológico, al promediar los datos tomados de la pluralidad, pasa de ésta al individuo, al individuo medio, al individuo ideal.

Para la Estadística (tomada esta palabra en su más elevada significación) y para el Cálculo de Probabilidades, el elemento individual y el caso individual, a la vez que carecen de significación propia, desempeñan el papel de determinar, cuando se juntan con sus semejantes, en número indefinidamente grande, todas las manifestaciones de la realidad.

Estos caracteres medios del tipo humano, estos coeficientes de correlación y estas desviaciones típicas (1), permiten juzgar de los rasgos generales de un pueblo. Comparándolos de un censo a otro, nos enseñarán sobre la evolución del grupo humano estudiado.

Sería un ideal el poder hacer esto entre nosotros. Si ello fuera realizable, habría que computar estos caracteres por zonas, teniendo en cuenta las diferencias climatéricas profundas, los diversos grupos étnicos, y los géneros de vida desemejantes. Estos datos comparados con los de censos sucesivos nos permitirían estudiar la evolución de las razas, la interpenetración de los tipos, y en suma la tendencia de nuestra actual población, depositada según estratos étnicos, a transformarse en un conglomerado homogéneo y definido.

Pero los particulares caracteres de nuestro suelo y de nuestro pueblo, que hacen necesario un censo tan completo y tan inquisitivo como sea posible, son también la causa de la insuperable dificultad de lle-

---

(1) Las desviaciones típicas no vienen a ser otra cosa que los errores medios de los caracteres medios.

nar semejante tarea en forma amplia. Por eso, en nuestro concepto, convendría distinguir en el censo tres grandes círculos:

A) Personas sobre quienes puede hacerse un estudio completo: estudiantes de instrucción media y superior, soldados;

B) Personas de quienes puede exigirse una información mediana; habitantes de las ciudades, empleados de grandes negociaciones agrícolas y mineras, alumnos de las escuelas;

C) Personas de quienes sólo puede esperarse una información muy incompleta: habitantes de las aldeas y de los campos.

Se comprende que sería deseable obtener respecto de toda la población los datos completísimos que pueden recogerse sobre los habitantes comprendidos en la clase A. Pero ya que esto no es posible, sería desperdiciar las clases A y B, el asimilarlas a la clase C y contentarse con unos cuantos datos vacíos e incompletos.

Supongamos, pues, que a la clase C solamente podemos pedirle un pequeño grupo de datos que llamaremos *c*. A la clase B le pediremos, además de los datos *c*, otros datos *b*, o sea en todo *b* -|- *c*. A la clase A le pediremos, además de estos datos *b* -|- *c*, otros datos *a*, o sea *a* -|- *b* -|- *c*. Entonces, computaremos los datos *c*, sea sobre todos los habitantes de la República, sea para cada una de las clases A, B, C, sea para determinada zona, para determinada comarca, para determinado lugar. Los datos *b* y *a* se utilizarán igualmente cuanto se pueda. Sería absurdo desperdiciar los datos *a* y *b* y contentarse con los *c*: los estudiantes y los soldados, por ejemplo, representan, por así decir, algo como un muestreo selecto del país: son el elemento intelectual automáticamente cribado hasta llegar a los claustros, y son el elemento vigoroso pleno de las condiciones necesarias para la vida militar.

Todos estos datos no deben quedar reducidos a una recolección falta de criterio, ni convertirse en unos descarnados cuadros numéricos. Muy al contrario, deben ser analizados a la luz deslumbradora de la Estadística Matemática; deben ser convertidos en cifras medias, con sus errores medios y probables; deben presentar un trasunto del habitante del Perú, y permitir por sucesivos censos en que los datos vayan extendiéndose en las clases inferiores B y C, averiguar la evolución del pueblo y el proceso de constitución de la raza.

Recoger los datos es una función difícil y que requiere sabia y previsora organización, pero siempre de índole burocrática; computarlos con criterio científico es obra de un matemático; interpretarlos es labor de un sociólogo. Quiera Dios que nuestro censo no se reduzca a la primera de estas tres fases, porque eso sería como arrancar penosamente el mineral de las entrañas de la Tierra, y abandonarlo sin beneficio a las puertas de la mina.

C. L. P.

*"LAS ALAS ROTAS" Por Pablo Abrill y de Vivero.—Lima, 1918.*

Hay una tal intensidad de vida en los primeros años en que se la enfrenta resueltamente, que los hechos y las emociones parecen esparcir las horas y que un breve período representa a la imaginación confundida un largo tiempo. Así es como veo yo muy distantes los días casi recientes en que bajo el techo hospitalario de la Secretaria de "La Prensa" en torno de mi mesa de trabajo, primero, y en torno de la mesa de Alfredo González Prada, después, un grupo de aficionados hacíamos arduosamente literatura.

La partida de Alfredo González Prada y de Hernán Bellido simultánea con mi exclusiva orientación profesional, con el máximo egotismo de Abraham Valdelomar, con la burguesía periodística de Félix del Valle y con la temporal deserción literaria de Antonio G. Garland, disolvieron el grupo intelectual, que una intermitencia postal y callejera mantuvo unido en la amistad inofensiva. Después de esa dispersión sólo permaneció tenazmente poeta, Pablo Abrill y de Vivero, a manera del recuerdo que en el abandono de nuestro lirismo inútil señalaba el emplazamiento de la antigua carpa, a cuya estrella permanecía leal.

Por desgracia, durante aquellos dos o tres años de incontinencia rítmica nuestro abandono a la literatura nos hizo descuidar de la filosofía y olvidamos con ella la vieja máxima socrática. Desconociendo cada cual su propio valimento y encontrando en su semejanza con el valimento vecino una justificación de ambos, cometimos un deplorable volumen de versos de cuyo nombre no me quiero acordar.

No hemos sabido hasta hoy si fué un mescénico impulso o un espejismo editorial de M<sup>de</sup>me. Rosay que envolvió en papel fino nuestro delito y poniéndole rótulo con la complicidad de Reynaldo Luza lo exhibió al público en las vidrieras. Lo cierto es que cuando nosotros mismos, obedeciendo a aquella atracción que los criminalistas estudian, volvimos a revisar el libro, escenario y prueba de nuestra culpa, nos encontramos con que en él sólo podía exponerse al criterio espiritual de las gentes, la producción armónica de Pablo Abril y de Vivero.

El lo comprendió así, y por eso cuando se produjo la fuga desesperada de nuestro lirismo agujoneado por nuestro pudor intelectual, permaneció tranquilo presentando su lira auténtica a la crítica, como un inocente que ha prestado, sin darse cuenta, una arma para un delito ageno.

Mucho debe valer la obra literaria de Pablo Abrill y de Vivero, cuando ha podido sobrevivir a aquel poético fracaso colectivo. Y mucho he de haber expiado yo en la conciencia de mi decoro intelectual aquel lirismo desbordado y culpable cuando me atrevo a hablarle al poeta de sus versos.

Aacaba de publicarlos sin escándalo. Con este libro suave, Pablo Abrill ha cumplido un mandato que su modestia no tenía derecho a desconocer. El público le ha sido fiel desde su iniciación hasta su realidad como poeta. En medio al aplauso bullicioso de las multitudes y al murmullo admirativo de los salones, ha hecho su florida ruta; las niñas en

la edad romántica de los "albums" colmaron de ellos su mesa desordenada; las damas que organizan veladas, solicitaron su concurso pródigo para que escuchando la música de sus rimas no oyeran las gentes el tintineo de las monedas que daban para la caridad teatral; los amigos, ahitos de prosa cotidiana, le pedimos en la hora confidente de la tarde un recitado de ensueño, y tal cual señorita melancólica le cambió miradas por estrofas.

Y Pablo Abrill ha cruzado con con su bohemia ambulatoria este salto de la simpatía pública, sin dejar que nadie le arrebatara su gabeta y ninguna emoción de triunfo escénico ni ningún arrobamiento sentimental fueron bastantes a hacerle olvidar sin guardar copia en el bolsillo del "frac" o en unas manos presionadas, el original de alguna poesía.

En este libro están rimados por su alma armoniosa todos los sentimentalismos del poeta y su agilidad espiritual tiene que haberle hecho pensar, recordando como sus versos que reflejan todas las etapas de su emotividad son cada uno eco de la voz de alguna amada y cómo aquel otro libro de que antes hablaba fué el definitivo abatimiento lírico de sus antiguos camaradas literarios, que más bien éste de ahora se debe de llamar "Las Voces Múltiples" mientras aquél bien se pudo llamar "Las alas rotas".

Después de Alberto Ureta, a quien la mayor edad y la más antigua producción llaman al lado de un grupo literario anterior al en que Pablo Abrill se destaca, es éste sin vacilación el más poeta de nuestros poetas peruanos. Quizá—, no pienso en este momento en nadie—haya alguno más hondo; quizá haya alguno más consistente. Pablo Abrill tiene aún muy pocos años para que su verso se pueda llenar con su cultura y es precisamente por esta carencia de enciclopedismo que puede apreciarse mejor cuán poeta es este rimador exquisito para quien no se agotan ni el amor ni las amadas que van y vuelven en su vida amorosamente como las aguas interminables del mar.

De la mujer y del amor—casi es lo mismo—deriva Pablo Abrill toda su poesía que enmarca el crepúsculo, cobijador de amantes y de ensueños. Y esa poesía suya es espontánea como su sentimentalismo fácil; Abrill no se ha encerrado nunca para extraer de la meditación y de la noche un verso, se lo ha dictado siempre el corazón y así es como cada paso en su camino se marca por la siembra de una ilusión que ha florecido en una rima suave y cálida, porque la acariciaba una ternura y la daba vigor un latido franco.

Porque responden a un estado de alma auténtica, porque no cruje en ellos ninguna contorsión cerebral, ni la enciclopedia los infla de conceptos, los versos humanos de este lírico que sufre en cada amor la separación inevitable sin recordar que le espera un nuevo amor para enjugar sus lágrimas, son delicado breviario de corazones juveniles que encuentran en ellos como los espíritus atormentados y selectos en la música interpretativa, la expresión de cuanto sienten los que aman pero sólo expresan los poetas que leen en las estrellas la órbita misteriosa del dolor y la esperanza.

Creo ya, que así como en el alma comprensiva de este fervoroso del ensueño, no puede morir la poesía, en el trajín de su vida habrán de apagarse sus versos algún día en que los considere inútiles por el desencanto de la brega áspera o por la realidad sonriente del ideal logrado. Y entonces él conservará este libro como conservan los amantes hasta los años grises, flores aromosas de recuerdo. Hasta entonces Pablo Abrill ha de querer ver rodeando el ramillete evocador como una cinta descolorida, estas palabras.

A. U. S.